

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

LA COOPERACIÓN ENTRE RELIGIONES EN LA HISTORIA PERUANA

El valor de la diversidad religiosa



JUAN
Fonseca
Historiador

El jueves pasado, por primera vez en nuestra historia, se reunieron distintas expresiones religiosas en el centro simbólico del poder en el Perú para orar juntas, en igualdad de condiciones, por un objetivo común. Fue un acierto recurrir a la fe, en sus diversos rostros, como un mecanismo para fortalecer el ánimo nacional ante la crisis. En el contexto del bicentenario de la independencia, este acercamiento a la fe desde el valor de la diversidad permite repensar el lugar de la religión en nuestro pasado, presente y futuro.

En nuestra historia, abundan los ejemplos que asocian a la religión con la intolerancia. Pero es posible también encontrar excepciones. En 1822, James Thomson, un educador protestante, llegó al Perú por encargo de José de San Martín para formar escuelas públicas dirigidas a los sectores populares. Uno de sus colaboradores más activos fue el sacerdote católico José Francisco Navarrete. Cuando Thomson dejó el país, Navarrete se quedó a cargo de las escuelas. Así, en los albores de nuestra educación pública, floreció la cooperación interreligiosa.

La diversidad religiosa también se manifestó en los debates ideológicos que construyeron la República. Entre liberales y conservadores, abundaron los religiosos. El primer presidente del Congreso Constituyente de 1822 fue un liberal, Francisco Javier de Luna Pizarro, aunque luego se volcó al conservadurismo. Pero el liberalismo político mantendría una voz muy potente en otro célebre sacerdote: Francisco de Paula González Vigil. Su férreo liberalismo lo enfrentó con otros sacerdotes políticos, como el conservador Bartolomé Herrera. González Vigil terminó excomulgado por la Iglesia, pero siempre afirmó su cristianismo. La diversidad ideológica también está presente dentro de una misma confesión.

Con el paso de los años, la pluralidad religiosa se enriqueció. A lo largo del siglo XIX, se

asentaron nuevos grupos confesionales en el país: protestantes, judíos y budistas. Entre ellos se establecieron formas de cooperación a partir de su condición de minorías. El Cementerio Británico (1835) acogió no solo a protestantes, sino también a judíos, ortodoxos y budistas. Hasta fines del siglo XIX, los no católicos no podían enterrarse en los cementerios públicos. La cooperación de las minorías no católicas permitió también que en 1915 se reconociera la tolerancia religiosa.

La diversidad también es importante en la religiosidad popular de los pueblos andinos, en la que se mezclan elementos del catolicismo con las antiguas creencias andinas. La peregrinación al santuario del Señor de Qoyllur Rit'i, por ejemplo, es una de las expresiones creativas y diversas de las creencias ancestrales de nuestros pueblos. En la religiosidad popular, la rigidez de las fronteras confesionales y del dogma se diluyen ante la autonomía espiritual de cada creyente.

En el mundo andino, la religión también expresa la fuerza del mito, como decía Alberto Flores Galindo. La imaginación religiosa estuvo presente en el mesianismo de las rebeliones indígenas durante la República. En algunas de ellas, los protagonistas mezclaron en sus historias elementos de otras tradiciones religiosas. Por ejemplo, un factor olvidado en el germen de la rebelión indígena de Rumi Maqui, en Puno (1915), fue la conversión de este al metodismo. Por aquellos años, además, Puno se había convertido en el centro de la obra educativa adventista en el país, que los indigenistas reconocieron como la generadora de un "nuevo indio". Los misioneros protestantes también influyeron en la formación de los liderazgos asháninkas en la selva central y awajún en Amazonas. Lo religioso ha sido parte de los procesos de empoderamiento de las identidades étnicas.

La religión también ha mostrado ser una fuente de sentido para los pueblos en las circunstancias más aciagas. Ponciano del Pino ha mostrado el rol de las rondas campesinas evangélicas en la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho. Y la resistencia al terrorismo en Lima no puede comprenderse sin la fuerza espiritual que dirigentes populares como María Elena Moyano recibieron del catolicismo progresista. En la Marcha por la Paz de 1989, las mujeres de organizaciones de base marcharon con banderolas que decían "No ma-

tarás ni con hambre ni con balas". En general, los símbolos de la religiosidad popular católica han servido como fuente de esperanza. En los barrios más pobres, las iglesias evangélicas sirven como núcleos comunitarios de solidaridad en medio de la marginación.

Los intelectuales que engendraron nuestras grandes tradiciones ideológicas concordaron en su valoración de lo religioso. José Carlos Mariátegui comprendió el valor de lo religioso para el mundo andino en su singular marxismo. Para Víctor Andrés Belaunde la fe estaba en el núcleo mismo de la peruanidad. En Víctor Raúl Haya de la Torre los símbolos religiosos fueron el núcleo movilizador de su nueva "religión política": el aprismo. Tal vez, por eso mismo, lograron trascender. Al menos hasta la llegada del fuji-morismo, con el que la religión se transformó en un instrumento político operativo. Ese es el rostro de la religión que parece haberse hegemonizado ahora: el de los políticos de la fe. Pero la religión en el Perú está heterogénea como su cultura.



"Hasta fines del siglo XIX, los no católicos no podían enterrarse en los cementerios públicos".

Entre los múltiples rostros de la fe existen los que propician desencuentros con la diferencia, pero también aquellos que generan discursos que potencian el sentido ético de los ciudadanos. Una mirada diversa de la dimensión religiosa puede servir para que ellas mismas comprendan las diversidades en todos sus sentidos. Finalmente, en el núcleo de todas las religiones está la aspiración de hacer el bien. Eso que necesitamos ahora como nación: el bien común. —



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

LA AUTORIDAD METROPOLITANA EN SU HORA CRUCIAL

Lima la ingobernable



JUAN
Paredes Castro
Periodista y escritor

Al mismo tiempo de causarnos horror e incertidumbre, el COVID-19 nos saca de algunos terribles estados de ficción, como creer que Lima es en verdad gobernable y viable.

Desde mi adolescencia en los años 60, no he conocido una Lima que no sea, por el contrario, ingobernable, con el problema adicional de que quienes llegaron al máximo sillón municipal pensaron más en hacer obras y más obras, olvidándose de lo principal: de gobernarla.

Lima no es más la ciudad jardín de hace algún siglo, ni la síntesis del Perú de Valde-lomar, ni la horrible que describía Salazar Bondy, ni la del desborde popular que investigaba Matos Mar. Lima es, sin hipocresías ni

falsos rodeos, la ciudad capital más ingobernable de América Latina.

No solo la ruptura de jerarquías de orden metropolitano, sino la desobediencia a cualquier tipo de reglas comunes, incluida la mínima de respeto por la otra persona, pesa más en esta ciudad, reino de la informalidad, que cualquier decreto gubernamental o estado de sitio. Tanto o más grave es aún la ausencia de la autoridad provincial sobre todas las distritales de la capital, de la misma forma como las administraciones regionales tienen pintado en la pared al Gobierno Central, con excepción de sus salarios bien cobrados.

Eso de que el Estado Peruano es uno e indivisible y de que su Gobierno es unitario resultan otra ficción a la hora en la que los caciques territoriales de Lima y provincias hacen lo que les vienen en gana, al punto de decidir quién invierte y quién no invierte en sus áreas de dominio político, que son áreas del Estado.

¡Si el presidente Vizcarra estuviera de verdad encima de toda la organización política del país! ¡Si el alcalde provincial Jorge Muñoz no tuviera que ceder ante cualquier improvisado mandón distrital!

La cruel ironía del COVID-19 es que no trae consigo ni prevención ni curación seguras, mientras arrasa con la vida de millones de personas; y su piadosa ironía es que despierta ideas en cadena para salvar de la incompetencia a gobiernos y estados del mundo en el manejo de muchas cosas como la salud, abandonadas a su suerte.

El caos que representa Lima, **1)** con su autoridad dispersa en 42 autonomías políticas distritales, **2)** con zonificaciones urbanas hechas al capricho de cada turno municipal, **3)** con un sistema de transporte, terminales y peajes que obedece a la inercia más que a un orden establecido, **4)** con mercados tradicionales y modernos sobrepasados por la pandemia y **5)** con puntos de entrada y salida norte, sur, este y oeste, que han colapsado a falta de anillos circundantes, hace que no solo el alcalde Muñoz se sienta impotente y rendido, sino también el presidente Vizcarra.

Sin temor a equivocarme, ningún alcalde que precedió a Muñoz abrigó realmente el propósito de hacer un gobierno metropolitano, porque su mirada estaba puesta en el Gobierno Central. El azar electoral convirtió,

así, a los alcaldes provinciales en candidatos presidenciales y a los alcaldes distritales en caciques intramuros. Hasta el legendario Taulichusco tuvo mejor suerte como autoridad única de estas tierras.

Lamentablemente el tiempo juega en contra de la eficiencia y legitimidad del alcalde Muñoz. No le queda sino hacer el mayor esfuerzo por legarnos el mejor diseño estructural, jurídico, económico, urbanístico e intervincial de la Lima Metropolitana del futuro. No asentada en 42 reparticiones incompetentes entre sí como hasta hoy, sino en un máximo de cinco macrounidades administrativas articuladas en una alcaldía mayor. Camino al 2030, unos 20 millones de habitantes estarán esperando por servicios integrales de la más alta calidad.

El presidencialismo peruano tradicional redujo siempre el poder municipal de Lima, para poder reinar sobre él, cuando debió hacer lo contrario: que el poder y la gobernabilidad de Lima fuesen las piedras angulares mágicas del poder presidencial y la gobernabilidad del país.

He aquí algo sobre lo que Muñoz y Vizcarra, juntos, podrían empezar a hablar, soñar, hacer y cambiar. —